

## Moléculas de felicidad

Juan Carlos Fernández  
www.juancarlosfernandez.es



Hay quien busca la felicidad en mayúsculas, supongo que como en las películas, porque ese superlativo, me malicio, tiene más que ver con Hollywood que con la vida real. Pero por fas o por nefas no es infrecuente dar con gentes que se manifiestan felices, supongo que porque se conforman con lo que tienen o porque sus aspiraciones están lo suficientemente colmadas, o porque las que no consiguen satisfacer no les provocan frustración. Pues sí, puede ser que el bienestar espiritual tenga que ver con esas cosas. Bien decía alguien que no es más rico quien más tiene sino quien menos necesita. Pero cada día me convenzo más a mí mismo de que hay una felicidad que no es de máximos, sino que se forma, día a día, a base de pequeñeces que te reconcilian contigo mismo y con el puñetero mundo exterior: una palabra amable, un detalle, una pequeña sorpresa, una frase leída, un libro encontrado, un papel antiguo hallado en un archivo, una música que desoxida tus neuronas...

Les confieso que esa búsqueda de la felicidad en pequeñas dosis me guió durante muchos años. Me apliqué a hacer cosas que, modestas, me satisfacían y quizá, de añadidura, pudieran tener alguna utilidad. Organicé conferencias, escribí libros, publiqué artículos... Simples moléculas de bienestar espiritual, nada a lo grande, pero que compensaban y animaban a seguir en esa línea plácida, fuera de otras batallas.

Me preguntarán que a qué viene esta perorata. Y como muchos de ustedes (y así me lo hacen saber) son fieles lectores de un servidor desde hace alguna que otra década, se merecen que se lo clarifique. Verán resulta que me encuentro a un conocido que me espeta: «Oye,

¿y tú por qué has dejado lo que te traías entre manos para volver al berenjenal de la política?» No me lo preguntan por primera vez, y yo siempre contesto, con algo de sorna, que por mi mala cabeza. Pero lo cierto es que, aunque me resistí, pudo más el veneno. Así son las cosas. Y algunas reflexiones que, desde luego, no tienen que ver estrictamente con lo local sino con la situación nacional, también pesaron. Déjenme que les dé un par de pistas para que puedan comprender algunos de los motivos que me llevaron a abandonar la formación de moléculas de felicidad para entregarme a la cosa pública (con notable abandono de la publicada, que tengo cuartillas sin terminar y sólo Dios sabe si verán la luz).

Primera pista. Vienen a mis mientes las palabras de don Salvador de Madariaga, que decía que la historia de la República fue la de «la lucha del centro por existir y de los extremos» por impedirlo. «Ganaron los extremos y España se vio desgarrada por la guerra civil más desastrosa de su historia». Pues eso. Quiero aportar mi granito de arena contra el extremismo. La segunda va en la misma línea, y es también una reflexión de Eburne Uriarte (también incorporada a la política). Dice que la izquierda sostiene que la libertad puede socavar la igualdad. Y eso me subleva y me hace recordar, de rebote, lo que le dijo Lenin a Fernando de los Ríos, socialista: «Libertad, ¿para qué?» Pues eso. Que desde mi modesta posición en la política local quiero contribuir a que nuestra democracia no se vea zarandeada por los especialistas en estropearlo todo.

«Eso es política nacional», me dirán. Pues claro. Pero qué sentido tiene ocuparnos de las luces de las calles, de los baches, de la limpieza, de las bibliotecas, de las fiestas... si no tenemos una perspectiva más allá de nuestros campanarios. Dicho queda. He renunciado a muchas de esas moléculas de las que antes hablaba por dedicar buena parte de mi tiempo a otras cuestiones también necesarias. Explicado queda. Y con brevedad, que no queda espacio para más. Ustedes, que me conocen, seguro que me comprenden. Me parece.